

El dilema de América del Sur en el siglo XXI: democracia de mercado con Estado de Derecho o populismo

Por Héctor Ricardo Leis y Eduardo Viola

El populismo quiere incluir a las masas dentro del sistema político, pero sin crear ciudadanía, sin crear consensos en torno a los verdaderos procedimientos para encontrar soluciones para los problemas económicos y políticos. La falsificación democrática del populismo reside aquí: no crea ciudadanía, sino mayorías desprovistas de conciencia al servicio de las elites de turno (todo a costa de las instituciones democráticas y del dinero de los contribuyentes). Los excluidos merecen ingresar por la puerta en el sistema político, no por la ventana. La inclusión populista no sobrevive al paso del tiempo porque ella solo promueve el clientelismo político de las masas. La emergencia del populismo muchas veces encuentra su justificativa en las crisis de la democracia, pero las promesas que elevan a los populistas hasta el gobierno nunca se refieren al perfeccionamiento de las instituciones. Por el contrario, la radicalización populista de la democracia se construye contra los derechos de los individuos y las reglas del libre mercado. Infelizmente, la democracia es una construcción que no sobrevive al debilitamiento de las leyes y de las instituciones. En rigor, en el largo plazo, sin un buen Estado y un buen mercado no hay democracia posible.

Héctor Ricardo Leis nació en 1943 en Avellaneda y emigró para Brasil en 1977, obteniendo la ciudadanía brasileña en 1992. Posee títulos de Master en Ciencia Política por la University of Notre Dame y de Master y Doctor en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro. Fue profesor de ciencia política en la Universidad de Buenos Aires, de filosofía en la Universidad Nacional de Rosario y de Relaciones internacionales en la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro. Actualmente es profesor asociado del Departamento de Sociología y Ciencia Política de la Universidad Federal de Santa Catarina, participando en el Postgrado en Sociología Política y en el Postgrado Interdisciplinario en Ciencias Humanas.



Eduardo Viola nació en 1949 en Campana, en 1976 emigró para Brasil y en 1989 se naturalizó brasileño. Doctor en Ciencia Política por la Universidad de São Paulo (1982) y Post-doctorado en Economía Política Internacional por la Universidad de Colorado (1991). Es profesor titular del Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad de Brasilia desde 1993. Fue profesor de las siguientes universidades: Stanford, Ámsterdam, Colorado at Boulder, Notre Dame, Georgetown, San Martín, Estadual de Campinas, Federal de Santa Catarina, Federal de Rio Grande do Sul, Tecnológica Argentina y Buenos Aires.



Democracia o populismo

Es grande el retroceso político que se vive actualmente en varios países de América del Sur. En medio de un ciclo de democratización aún no consolidado, iniciado en los años ochenta del siglo pasado, la región registra una presencia cada vez más fuerte del populismo (Botana, 1998; Grondona; 1999). Este fenómeno ocupa casi todo el escenario político en la Venezuela de Chávez, en la Bolivia de Morales, en el Ecuador de Correa y en la Argentina de Kirchner. Aunque en menor grado, amenaza también el futuro de países como Perú y Brasil. Por cierto, el populismo no es algo nuevo en América Latina, pero la actual ola tiene componentes singulares que no pasan desapercibidos (Halperin Donghi, 1970; Bethel, 1999).

El fracaso de las experiencias populistas anteriores en la región, así como sus características antidemocráticas, no permitían sospechar una nueva emergencia en el actual contexto democrático. Pero algo sucedió que hizo posible este anacronismo. Aún cuando el populismo continúe respondiendo a la misma lógica contraria a la democracia del pasado, se presenta hoy con otra cara, aparentemente más atractiva. Tener en cuenta esta transformación es esencial para entender la realidad actual.

Otrora repudiado por los nombres más representativos del pensamiento democrático, tanto de la izquierda como de la derecha, debido a su fuerte carga autoritaria asociada de forma innegable a sectores reaccionarios del militarismo latinoamericano (¿cómo entender a un Vargas y a un Perón sin estos componentes?), el populismo retorna hoy prestigiado por las urnas de la democracia y con su pasado prácticamente olvidado. Así, el retroceso tiene dos caras: con el mismo ímpetu que el populismo gana votos en un gran número de países de América Latina, también gana legitimidad ideológica en el campo democrático. Es difícil saber lo que es peor, ya que nada podría ser tan perjudicial para los procesos de consolidación democrática en marcha en el continente que confundir la democracia con el populismo. Como un claro síntoma de los nuevos tiempos, son cada vez más numerosos los autores que derraman sus óleos sagrados sobre este fenómeno. El último libro de Laclau (2005) prestigia el tema ya desde el título: *La Razón Populista*.

Aunque el fenómeno del populismo no haya sido analizado con ese nombre por Hannah Arendt, su génesis está asociada a los procesos que la filósofa alemana describió como deterioro del espacio público en las sociedades pluralistas cuando estas se tornan sociedad de masas (Arendt, 1973). El elogio del populismo no se presenta hoy justificado por los mismos argumentos antidemocráticos del pasado. Por el contrario, lo que

preocupa actualmente es su retórica aparentemente democrática. La historia del populismo latinoamericano puede ayudar a entender mejor este punto. Él siempre apareció asociado al apoyo de grandes masas de la población, pero nunca fue pensado como una herramienta para la construcción de las bases de la democracia política, como se está pretendiendo hacer ahora. En el antiguo populismo la cuestión de la democracia política nunca fue central. Los populismos de Vargas y Perón, por ejemplo, fueron construidos como reivindicación de derechos sociales, antes que políticos. Más aún, muchas veces los golpes militares conservadores en América del Sur fueron realizados como reacción a experiencias y liderazgos populistas vividas por las elites y la opinión pública democrática como amenazas a las instituciones republicanas. Los liderazgos populistas sudamericanos siempre tuvieron un perfil caudillesco derivado de la tradición ibérica y de la influencia de los fascismos (italiano, español, portugués y alemán). Franco, gran figura inspiradora de Perón, auto-definió su cargo, en 1939, como: “Caudillo de España por la Gracia de Dios”.

El elogio actual del populismo re-conceptualiza el fenómeno en términos de las supuestas excelencias de su racionalidad política. Ahora, el populismo aparece construyendo la democracia, haciendo ingresar a los excluidos en el sistema político democrático. Por cierto, el gran desafío de la democracia es la inclusión de los habitantes de la nación en cuanto ciudadanos. Pero, ¿será que el populismo crea ciudadanía? ¿Será que los procesos políticos detonados por liderazgos como Perón, Vargas, Chávez, Morales y Kirchner son generadores de ciudadanos?

Ya en los años treinta del siglo XX, el filósofo Leo Strauss (1996) criticaba al jurista Carl Schmitt por darle preeminencia política a la noción de enemigo y, por tanto, a la lógica de la guerra. Cuando el comportamiento político de los actores reproduce esta lógica, la nación termina, tarde o temprano, despedazada en partes irreconciliables; lo que, por su lado, conduce a un peligroso deterioro de la gobernabilidad que deja a los individuos indefensos, en cuanto ciudadanos. En el final de un camino sembrado de enemigos se encuentra la dictadura como la única salida posible para el restablecimiento del orden. A pesar del siglo XX haber registrado una larga serie de resultados catastróficos, en todo el mundo, derivada de los movimientos y procesos políticos guiados por esta lógica, pocas lecciones en este sentido parecen haber sido asimiladas en América Latina. Los intentos de producir transformaciones sociales y políticas que apunten a mejorar la vida de los individuos son absolutamente válidos. Ni conservadores, ni revolucionarios, pueden discordar con esto. La política

se legítima en la tentativa de mudar la realidad para mejor. Pero el verdadero punto de inflexión no reside en los fines propuestos, sino en los límites que los actores deben definir y adoptar para que la política alcance tales fines (Berlin, 1991). La política supone cierto grado de enemistad y de mentira entre los actores que se disputan el mismo espacio, sin duda. Sin embargo, desde una perspectiva democrática los actores que construyen y consolidan la democracia tienen que evitar tanto la exacerbación del cinismo, como de la enemistad. El repertorio populista no siempre es el mismo. A veces su menú trae más cinismo que enemistad, y viceversa, pero las consecuencias nocivas para la democracia son parecidas.

El fenómeno populista emerge y se fortalece cuanto más avanza en la dirección de extremos donde la preeminencia de las lógicas del cinismo y del enemigo se imponen. El populismo atenta contra la sustentabilidad de la democracia y del desarrollo porque estos son viables, básicamente, a partir de una lógica donde Estado, sociedad civil y mercado definen espacios de convivencia y de relativa confianza entre los diversos actores (Arendt, 1959; Peyrefitte, 1999). Recordando los años sesenta, el nostálgico Roberto Campos (1994) señalaba que América Latina era tierra fértil para el surgimiento de dos protagonistas funestos para el saludable desarrollo de la democracia: uno el demagogo y, el otro, el extremista. Ambos actores pretendiendo resolver todos los problemas con fórmulas seductoras y rápidas. Una buena noticia de las últimas décadas es que la amplia mayoría de los actores políticos del continente reivindica la idea de democracia; pero en compensación, la noticia pésima es que estos dos actores que antes atentaban contra la democracia en separado, ahora están juntos. Una de las circunstancias más tristes de América Latina es la actual convergencia “democrática” entre demagogos y radicales, fruto del fracaso histórico de la revolución socialista en el mundo. Para los populistas es fácil ser seductores: ellos gastan lo que no producen y culpan a los otros cuando la fiesta acaba. En todas sus variantes el populismo siempre fue contrario a la economía de mercado. Y peor aún, vende la imagen de que las riquezas son un fruto mágico de la nación que el Estado debe apenas administrar con “justicia”. De este modo es fácil caer en las redes de la seducción, ya que nadie parece tener que hacer un esfuerzo mayor para mejorar su vida. Obviamente, si algo va mal ¡la culpa será del capitalismo y del imperialismo! El resultado previsible en el corto o largo plazo es la degradación de la democracia y la infelicidad de la nación. Las promesas de la democracia son de procedimiento, apuntan principalmente en la dirección de garantizar las libertades económicas y políticas. En

rigor, la receta populista conduce a los países al fracaso porque centraliza todas las decisiones económicas y políticas. En un país como la Venezuela de Chávez, donde el Estado monopoliza el petróleo de la misma forma que la opinión pública, no hay lugar ni para el crecimiento de la economía, ni de los ciudadanos. Por el contrario, las promesas de la democracia no giran en torno a dádivas ofrecidas por el Estado con pases de magia, sino del ofrecimiento de igualdad de oportunidades para que los ciudadanos cuiden de su destino de acuerdo con sus méritos. La democracia puede volverse seductora cuando es confrontada con la dictadura. Pero América del Sur ya no puede continuar justificando la democracia en función de regímenes dictatoriales que existieron más de dos décadas atrás. Aquellos que maquillan la democracia con las soluciones fáciles del populismo están, en rigor, degradando la democracia para sus fines particulares.

La diferencia del antiguo en relación al nuevo populismo es que el primero no perjudicaba a la democracia con su fracaso (la cual, de hecho, se constituía en su alternativa). Hoy, sin embargo, las cosas son diferentes, las experiencias populistas afectan negativamente a las democracias que las albergan. Las promesas de solución integral de los problemas de la nación en forma inmediata implican, cuando se da la llegada del populismo al gobierno, una segura violencia contra el sistema institucional establecido. El radicalismo de las promesas obliga a estos gobiernos a quemar etapas a fin de justificar su existencia en el corto plazo entre una elección y otra. A propósito, ¿no sería ésta la mejor explicación para la corrupción desmedida del primer gobierno de Lula (2003-2006)? Su esquema de “caja dos” probablemente no tuvo como objetivo el enriquecimiento ilícito de sus operadores, aunque ciertamente esto haya acontecido en varios casos, su objetivo principal fue mucho peor, fue quemar etapas para que Brasil llegara lo más rápido posible a ser colonizado por el PT.

¿Y qué sucede con la ciudadanía cuando se resienten y banalizan las instituciones? En el límite acontece ciudadanía cero y exclusión total. El populismo quiere incluir a las masas dentro del sistema político, pero sin crear ciudadanía, sin crear consensos en torno a los verdaderos procedimientos para encontrar soluciones para los problemas económicos y políticos. La falsificación democrática del populismo reside aquí: no crea ciudadanía, sino mayorías desprovistas de conciencia al servicio de las elites de turno (todo a costa de las instituciones democráticas y del dinero de los contribuyentes). Los excluidos merecen ingresar por la puerta en el sistema político, no por la ventana. La inclusión populista no sobrevive al paso del tiempo

porque ella solo promueve el clientelismo político de las masas. La emergencia del populismo muchas veces encuentra su justificativa en las crisis de la democracia, pero las promesas que elevan a los populistas hasta el gobierno nunca se refieren al perfeccionamiento de las instituciones. Por el contrario, la radicalización populista de la democracia se construye contra los derechos de los individuos y las reglas del libre mercado. Infelizmente, la democracia es una construcción que no sobrevive al debilitamiento de las leyes y de las instituciones. En rigor, en el largo plazo, sin un buen Estado y un buen mercado no hay democracia posible. Los ciudadanos están obligados a ser realistas, porque con la utopía no se garantiza el aumento de la productividad de la economía ni un Estado eficiente, neutral y previsible. En este sentido, si existe algo que los populistas no saben ni quieren hacer es cuidar al Estado. ¡Para ellos el Estado es siempre un botín de guerra! Nadie debería extrañarse de esto. Siendo la lógica de la guerra la que conduce a los movimientos populistas al poder, el Estado sólo puede ser concebido como patrimonio del vencedor. La entronización del asistencialismo clientelar y de una tributación excesiva, así como la multiplicación de los cargos de confianza para los militantes, la apropiación indebida de recursos y otros casuismos y violencias jurídicas, destinados a la perpetuación en el poder, son evidencias de que el avance del populismo está íntimamente asociado a la decadencia del Estado y del libre mercado. Cuanto más débiles son las instituciones de un país, más expuesto éste queda a la aventura populista. Cuanto más avanza el populismo, más se debilitan las instituciones.

Sorprendentemente, aunque refiriéndose a Europa, un autor como Schmitter (2006) observa aspectos positivos y negativos del fenómeno populista en la realidad actual. Podemos concordar con Schmitter que el populismo se justificaría cuando surge para combatir el déficit de democracia. Sin embargo, si este fuera el caso, para que existiera un populismo realmente “positivo” su liderazgo debería ser populista-institucionalista, lo que parece contradictorio, ya que la legitimidad del populismo se conquista contra las instituciones y nunca a favor. El populismo es siempre una forma inestable dentro de una democracia que funciona, por lo tanto, cuando deja el escenario las instituciones democráticas quedan peor que antes. Para que las instituciones sean fortalecidas, el liderazgo populista, después de cumplir su función “positiva”, debería ir progresivamente perdiendo legitimidad e ir “apagándose” sin luchar, combatido por el crecimiento de una ciudadanía ilustrada. Sin embargo, no se registra ningún caso de un populismo como este. La perversión del populismo en América Latina, a diferencia de lo que puede significar

eventualmente en Europa, queda clara cuando observamos el desarrollo de la ciudadanía a través de los ojos de Marshall (1950). Para este autor, la ciudadanía es un factor decisivo de la consolidación democrática, no obstante lo que debe ser correctamente observado es que existe un proceso evolutivo lento y gradual de adquisición de derechos civiles, políticos y sociales, producidos en ese orden. Este orden es fundamental para la democracia porque si los derechos sociales son otorgados antes que los políticos tendremos una ciudadanía política inmadura que puede caer en la tentación de las promesas del liderazgo populista que ofrezca derechos sociales no sustentables económicamente a cambio de apoyo político.

Sobre las bases epistemológicas y culturales del populismo y de la democracia

El populismo no es un régimen, ni se define por contenidos únicos en los planos económico, político y social. El sentido del populismo se condensa en el carácter degradante de sus manifestaciones, las cuales son múltiples y de diferente capacidad de acción y consecuencias. El movimientismo y la sociedad cortesana crean condiciones propicias para el desarrollo del populismo en el régimen democrático, aunque con potencialidades diferentes (que parecen mayores en el caso argentino). Sin embargo, a pesar de esta diversidad de manifestaciones, el populismo basa su acción en algunos presupuestos generales de tipo epistemológico y cultural que vale la pena revisar.

La literatura que resalta los méritos de la deliberación democrática es dominante en nuestra época. Pero ya comienzan a aparecer autores (como Pincione & Tesón, 2006) que presentan de forma convincente los déficits epistemológicos de esta deliberación. La actual ola de populismo no intenta justificarse, como antes, solo en los criterios de autoridad del líder autoritario, sino en la participación deliberativa de las masas en el proceso político que de alguna forma nutriría las decisiones del líder “democrático”. Los actuales elogios académicos al populismo se asientan implícitamente en la supuesta eficiencia política y epistemológica de la deliberación. En este contexto, colocar a la luz el carácter instrumental y políticamente degradado de la mecánica populista es de la mayor importancia.

El populismo opera con una mecánica basada en el determinismo como visión de la realidad. A este respecto, la primera cosa que llama la atención es que las visiones deterministas se hayan reproducido en la sociedad moderna, ocultando su parentesco con las doctrinas teleológicas antiguas y medievales de la predestinación y del fatalismo. Los determinismos basados en leyes naturales surgen de la misma matriz que estos

teleologismos. En ambas expresiones se postula un encadenamiento riguroso de los fenómenos que excluye cualquier posibilidad de libertad o contingencia. La diferencia es solo de ropaje, mientras los determinismos modernos se cubren con el manto de la ciencia, los teleologismos antiguos se cubrían con el de la religión y el de la metafísica. Pero las consecuencias de sus supuestos son las mismas. En su ambición de explicar los fenómenos completamente, son obligados al reduccionismo (ya que, cuanto mayor la complejidad, menor la percepción de que existe una relación estricta de causa-efecto), así como a la inmediatez (ya que los procesos de larga duración aumentan la percepción de contingencia, en la misma proporción que, los de corta duración, la de certeza).

Ni la buena ciencia, ni la buena teología, derivan de la matriz determinista, pero no es esto lo que importa aquí. De hecho, no habría mayores problemas si esta cuestión quedase restringida al campo de la ciencia y de la religión. Pero sucede que, a través de las ideologías políticas el determinismo extrapola sus orígenes, colonizando progresivamente a la política. Sabemos que, en la sociedad moderna, las ideologías se transformaron en armas poderosas de las elites (sean proletarias, burguesas, militares o indígenas) para llegar al poder, así como para mantenerse en él. Pero lo que torna tan poderosas las ideologías no es tanto que anuncien un mundo repleto de cosas buenas para los ciudadanos, sino que lo hagan con una retórica determinista fácil de comprender por la masa. Esto es, una ideología no atrae tanto las masas por su contenido, sino por su forma. Si no ofrece creencias “garantizadas”, no funciona como ideología. Resulta curioso que algunas ideologías se atribuyan una base científica, teniendo en cuenta que la ciencia, por el contrario, no se construye a partir de creencias, sino de críticas. La ciencia es una tarea esencialmente autocorrectiva, nunca definitiva, por lo tanto incapaz de garantizar cualquier resultado independiente de la experiencia. En el campo científico las cosas pueden ser explicadas de una manera hoy y de otra mañana. No obstante, la ideología no se alimenta de variaciones, sino de certezas, por eso abraza el determinismo con pasión. Por eso, aún en el caso de que comiencen bien, después de un tiempo las ideologías pasan a ser como los anteojos de un ciego: más que una ayuda para ver la realidad sirven para ocultar la ceguera. Son los deseos del sujeto el foco de las ideologías, no la dinámica de la realidad. Deseos que obtienen su realización extrema en el caso de los mitos, tan comunes en la historia de América Latina (Vargas Llosa, 2006). Y la naturaleza humana, cuando no está debidamente preparada por una experiencia sabia, tiende a querer que todo le sea dado de la forma más fácil e inmediata

posible. Así, cuanto más la política se aproxima al nivel de la masa, mayor el beneficio instrumental para los actores (populistas) si usan ideologías de base determinista. En rigor, el determinismo, junto al fatalismo son las principales formas de “conocimiento” que conducen el sentido común de la masa.

A pesar del amplio reconocimiento de la teoría de Darwin, todavía hoy el sentido común piensa que las jirafas tienen cuellos largos de tanto estirarlos para alcanzar las hojas en la copa de los árboles. Sin duda, esto deriva del hecho de ser esta la explicación más fácil de todas las disponibles. De la misma forma opera el sentido común cuando piensa, por ejemplo, que el crimen es culpa de la pobreza, sin percibir que el crimen tal vez sea una de las circunstancias más complejas de la condición humana civilizada. En el crimen se registra una desobediencia a la ley, tanto como la necesidad de un castigo ejemplar que muestre a todos (sociedad y criminales) el verdadero camino. Excepto en casos patológicos, la condición de criminal es una opción del individuo, en un contexto social, político y cultural donde éste verifica que el crimen compensa más que la obediencia a la ley, dada la falta de castigo ejemplar (esto es, al igual que en el caso de las jirafas, si aquellos ciudadanos que tienen las “manos más largas” comienzan a progresar en la vida, el futuro traerá más proles con esas características). El crimen no es resultado de la pobreza del individuo (incluso porque, si así fuera, los ricos y las elites no cometerían crímenes, cuando lo que se ve no es justamente eso), sino un resultado sistémico de la forma en que el Estado y la sociedad entienden y responden al crimen. Por lo tanto, no es la nivelación de la riqueza entre los ciudadanos lo que va dar respuesta al crimen, sino el cumplimiento severo de las reglas del Estado de Derecho y la sintonía espiritual colectiva de la nación (lo cual implica, entre otras cosas, trascender los particularismos subjetivos de los actores, una revisión del elitismo de los procedimientos judiciales para que los criminales de guante blanco también sean enviados a prisión, así como la urgente construcción de prisiones para que traficantes y corruptos estén en prisiones comunes, dignas y seguras). La teoría de la jirafa que estira su cuello es fácil de entender porque reduce una cuestión altamente compleja a una única causa bien simple, construida a partir de los “deseos” del propio “sujeto” jirafa. Las explicaciones que atribuyen la culpa de cualquier cosa a la pobreza son del mismo tipo. Reducir todos los males a la pobreza es algo mucho más fácil de entender y también de vender a las masas en el mercado político de los votos.

En América Latina los regímenes autoritarios se han apoyado históricamente en ideologías también de base determinista. Pero, paradójicamente, con la llegada de

la democracia en los años 80 este aspecto no ha disminuido, y sí aumentado. Cuando los ciudadanos sufrían los autoritarismos de turno imaginaban que con la democracia la cosa sería diferente. La democracia, supuestamente, debería traer pluralismo de ideas al juego político y facilitar la creación de consensos más sofisticados sobre los diversos problemas. Pero lo que ha sucedido es que la democracia está contribuyendo a la simplificación de los problemas. Para atraer el voto de los ciudadanos los actores políticos acabaron apelando a ideologías de fácil comprensión que pueden llegar a barbarizarlos, paradójicamente, mucho más que el ostracismo al que estaban sometidos antes con el autoritarismo. En el pasado, las ideologías de los actores latinoamericanos se diferenciaban bien. Existían liberales y socialistas, revolucionarios y conservadores, etc., y estos actores sustentaban ideologías sofisticadas que no reducían los problemas a causas simples de resolución inmediata. Aunque tomadas individualmente, estas ideologías estuvieran marcadas por el determinismo (no existe ideología política sin el componente determinista, como ya fue dicho), todas explicaban la realidad a partir de visiones relativamente más complejas que las de hoy.

En el marco de las democracias populistas que asolan América Latina, el liberalismo y el socialismo tienden a degradarse con recetas rápidas y fáciles de aplicar. Por ejemplo, en contraste con el liberalismo clásico, el neoliberalismo, en buena medida, se tornó economicista (reduccionista a lo económico), y el neosocialismo, en mayor medida aún, se tornó societalista (reduccionista a lo social). Estas ideologías, que nacieron vinculando política, sociedad, economía, derecho y cultura de una forma relativamente sofisticada, en las últimas dos décadas se volvieron visiones que radicalizaron al extremo su reduccionismo e inmediatez potencial, dificultando el fortalecimiento de la conciencia de los ciudadanos y de las instituciones políticas, legales y culturales. Esta es la explicación para el avance del populismo que de Norte a Sur del continente borbotea por casi todos los países. Esta ideología es la que mejor encarna la simplificación y banalización de la realidad. A través del populismo es que convergen hoy para un destino común los neosocialismos y los neoliberalismos. Brasil es el mejor ejemplo de esta convergencia. La política del gobierno de Lula es tanto una cosa como la otra; es reduccionista en lo económico, tanto como reduccionista en lo social. ¿Cómo fue posible esta aberración? La respuesta es que la democracia se instaló en países con baja exigencia espiritual de responsabilidad individual y colectiva, asociada a una ciudadanía históricamente disociada del cumplimiento de la ley. En este contexto, con la llegada de la ampliación

democrática irrestricta, las ideologías que habían conseguido preservar ciertos grados de complejidad dentro de núcleos reducidos de cultores, en función de la situación de restricción democrática que impedía aperturas mayores para cualquier ideología, comenzaron a ser rápidamente simplificadas para poder circular entre las masas en la forma de *marketing* ideológico (tanto para criticar como para alabar).

Además de la relación de empatía servil que se establece entre la masa y el líder, el populismo está siempre acompañado de una retórica determinista que se sitúa lo más lejos posible de un uso de la libertad basado en la responsabilidad. El neoliberalismo y el neosocialismo convergen a través de caminos torcidos por cuenta de la magia populista de suprimir el tiempo de espera de la política en un escenario simplificado donde, en rigor, vale todo para el populista de turno, incluso la trasgresión de la ley. Los tiempos de la construcción política y cultural de los países no son subjetivos, sino objetivos; ellos son siempre largos, siendo esta dinámica de largo plazo la que los vuelve sólidos. Pero si las soluciones son simples y exigidas para ya, no habrá buena política, ni buena cultura, que puedan ser condensadas en el Estado de Derecho, ni en los corazones y mentes de los ciudadanos. El mayor peligro hoy, en América Latina, no es el imperialismo, ni los militares, ni siquiera los revolucionarios, los criminales o los corruptos. El mayor peligro es el populismo que rinde culto a la pobreza, practicado bajo nuestras narices casi sin que prestemos atención. En las actuales circunstancias, este estado de cosas no se combate apelando a otras ideologías supuestamente mejores. Se combate colocando en evidencia la mediocridad y el peligro de las raíces simplificadoras, reduccionistas, inmediatistas, irresponsables y ególatras, auto-centradas en los deseos de los sujetos, de las ideologías en general, que resulta tan funcional a la mayoría de los actores políticos actuales para manipular a la masa y destruir, al mismo tiempo, a la nación.

¿Cómo romper el círculo vicioso del populismo? Defendiendo los principios de la libertad y de la responsabilidad. El populismo asume una retórica determinista porque así las cosas siempre siguen un rumbo, en el cual los actores nunca son responsables por su destino. La historia está lejos de ser el reino de la ciega necesidad pregonada por el determinismo, como quería Marx. Con la caída del Muro de Berlín en 1989, y la estrepitosa decadencia de las experiencias revolucionarias del socialismo y del comunismo, quedó claro para cualquier observador libre de prejuicios que, por el contrario, la historia es el reino de la libertad. Tanto en el sentido de la indeterminación de su resultado final, como en los factores que constituyen el actuar

humano. En su sentido más fuerte, la libertad es la base de la democracia y del desarrollo. La llamada libertad política es un componente necesario, pero no suficiente, para constituir plenamente la democracia. El componente esencial de esta es la libertad del individuo para actuar de acuerdo a su propia conciencia, de escoger su camino con autonomía. Como pedía Kant (1988), esto exige salir de la minoridad, pensar por cuenta propia. Pero no existe libertad sin responsabilidad. Quien no paga por las consecuencias de sus actos nunca aprenderá

a hacer buen uso de la libertad. Tal vez la mayor virtud y coraje exigida en los tiempos sombríos de nuestra época sea esta, que los individuos y la sociedad asuman los costos de la libertad. La fuente de inspiración para esto, podemos imaginar, es espiritual. Los pueblos son actores colectivos constituidos por individuos que en momentos de crisis tienen a su disposición elementos para refugiarse más en la oscuridad o salir a la luz. Pero la elección no puede ser anticipada, ni predeterminada, por el investigador.



Integrante del Network of Democracy Research Institutes
 Instituto Asociado al Proyecto Plataforma Democrática
 Ganador de los premios internacionales:
 2005 Templeton Freedom Award Grant for Institute Excellence
 2005 Francisco De Vitoria Prize for Ethics and Values
 2008 Atlas Prize for Social Entrepreneurship

El Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina (CADAL), con sede central en Buenos Aires, Argentina, y una representación en Montevideo, Uruguay, es una fundación privada, sin fines de lucro y apartidaria. La creación de CADAL, en febrero de 2003, tuvo en cuenta las crisis políticas, económicas e institucionales en varios países de América Latina, su impacto regional, y los futuros desafíos en materia de libertades civiles, políticas y económicas. En ese sentido, CADAL surgió para ocupar un espacio en la región promoviendo simultáneamente políticas pro democracia y mercado.

La misión del Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina consiste en promover: el fortalecimiento de la democracia y la vigencia del estado de derecho; la implementación de políticas públicas que favorezcan al progreso económico, social e institucional; la integración regional y su apertura al comercio mundial; y la promoción internacional de los derechos humanos.

Para dar cumplimiento a su misión, CADAL combina las siguientes actividades: análisis, investigación e incidencia en políticas públicas; promoción de derechos y difusión de ideas; consultoría y asesoramiento; y capacitación profesional. Estas actividades se plasman en una variedad de publicaciones impresas, producción de contenidos en internet, organización de eventos, dictado de programas educativos y realización de campañas públicas.

Entre los principales eventos con destacados analistas, CADAL organiza mensualmente para sus donantes, diplomáticos y periodistas, el Foro Latinoamericano, tanto en Buenos Aires como en Montevideo, y anualmente el Foro Latino Global. A su vez, en materia de capacitación, gracias al auspicio de empresas, organiza cada año el seminario "La Información Económica: Medios, Política y Empresas". En cuanto a publicaciones, se elaboran artículos de opinión, la serie de Documentos, se editan libros y también varios informes, entre ellos "Democracia, Mercado y Transparencia" y el "Barómetro Legislativo".

CADAL es reconocido por la eficiencia y austeridad en el uso de los fondos obtenidos; contando con un reducido, ágil y profesional staff, cuyo perfil es el del "emprendedor de las ideas", y la colaboración ad honorem de voluntarios locales y pasantes extranjeros. Las fuentes de financiamiento de CADAL son: Donaciones individuales y corporativas; Convenios con organismos, embajadas y fundaciones internacionales; consultoría; aranceles de inscripción a eventos; y venta de publicaciones.

Argentina

Av. Roque Sáenz Peña 628 piso 2º Of. R
 (C1035AAO) Buenos Aires - Argentina
 Tel: (54-11) 4343-1447 - Fax: (54-11) 4343-1554
 E-mail: centro@cadal.org

Uruguay

Rincón 454 piso 3º Of. 315
 Edificio de la Bolsa de Valores
 (11000) Montevideo - Uruguay
 E-mail: uruguay@cadal.org